

José Aricó: las desventuras del marxismo latinoamericano

En 1976, cuando recrudece el tiempo del terror en la Argentina, José Aricó viaja, como tantos otros, a México, camino de un exilio que durará seis años. Detrás de él queda una historia de juvenil militancia comunista en su Córdoba natal y una intensa tarea de organizador cultural, como director e inspirador de una revista que hizo época -*Pasado y Presente*- en la que publicó varios ensayos significativos; como director de la Biblioteca del Pensamiento Socialista donde editó la fundamental obra de Marx, *Elementos para una crítica de la economía política* (los famosos *Grundrisse*), y como director de la colección de los "Cuadernos" de *Pasado y Presente*, que llegaron a ser más de una centena y que llevaron a los ámbitos políticos y culturales latinoamericanos la posibilidad de acercarse a textos y polémicas clásicos del socialismo, muchos de ellos hasta ese momento inaccesibles.

El espacio cultural mexicano de la segunda mitad de los setenta, tan estimulante para el debate de ideas, fue hogar para un exilio compartido con intelectuales llegados desde distintas tierras del continente, asoladas por dictaduras. En ese ámbito, Aricó prosiguió con su labor editorial, acompañando al legendario don Arnaldo Orfila Reynal en aquella empresa emblemática para la polémica de izquierda como fue en esos años la Editorial Siglo XXI, donde pudo mantener la continuidad de los "Cuadernos" de *Pasado y Presente* y de la Biblioteca del Pensamiento Socialista, a la que le agregó títulos fundamentales.

En la vida y en la obra de Aricó, México significó además un punto de viraje, un corte importantísimo en la definición de su trayectoria intelectual. Así como maduró su propia visión del socialismo, se perfiló también su vocación de historiador de las ideas, y, sin perder sus obsesiones generosas de organizador y difusor de cultura, pudo dar cauce, en el acicateador ambiente mexicano, a una tarea de investigador para la cual, fuera de las aulas convencionales de la universidad, se había preparado desde hacia mucho tiempo.

El primer fruto de esa búsqueda fue la publicación en 1980 *de Marx y América Latina* -editado en Perú en ese año y luego en México en 1982 y en Buenos Aires en 1987-, un trabajo notablemente original que Aricó había concebido como parte de una saga sobre la difusión del marxismo en la formación del pensamiento socialista latinoamericano. Pocos -quizá ninguno- en América Latina conocieron tan a fondo el pensamiento de Marx como Aricó y nadie de entre sus contemporáneos extrajo de esa obra estímulos tan sugerentes. En ese texto de 1980 aparecen los primeros intentos de responder a la pregunta crucial que circula dramáticamente en toda la obra de Aricó. Es un interrogante intelectual y a la vez militante: ¿dónde buscar las razones del desencuentro secular entre el socialismo y América Latina? Descarta -por simplificadoras- las respuestas que aluden al carácter eurocéntrico de aquel pensamiento, incapaz de acercarse a realidades particulares (y por tanto diferentes) como las de nuestro continente. Trata en cambio de producir una lectura contextual del pensamiento marxiano, para extraer de su mismo seno las causas de cierta "incomprensión" de fenómenos ajenos a Europa, como lo ilustra el desconcertante escrito sobre Bolívar que apenas sirve de pretexto de las reflexiones de Aricó. La operación lleva a una minuciosa y compleja reconstrucción genealógica de las categorías del pensador alemán, con el objetivo dice "no sólo de poner de relieve lo que pueda ayudar a reconstruir las vicisitudes del socialismo en América, sino para ensayar una forma de trabajar en Marx que evidencie las razones de su incuestionable actualidad."

A1 hablar de esa lectura sorprendente sobre Bolívar, sobre nuestras revoluciones del siglo XIX, sobre América Latina, Aricó descubre a un Marx singular que puede ofrecer algunas claves no sólo para entender los fracasos de los socialismos en nuestro continente sino también los de la democracia. Un Marx disgregado en infinitos textos, que Aricó intenta reconstruir; un Marx, al fin, despojado de su herencia marxista, solitario, contradictorio y ambiguo en el desfiladero que separa sus obras teóricas de sus escritos coyunturales.

Pero esta hermenéutica sobre Marx no constituye para Aricó un fin en sí mismo. Como ha quedado señalado, la recuperación de su pensamiento formaba parte de un proyecto más general de análisis sobre las condiciones de recepción del discurso socialista en América Latina, un tema al que en capítulos sucesivos le dedicó hasta su muerte todos sus afanes. Así fue surgiendo una serie de trabajos eruditos en los que, acompasadamente, se entremezclaban las memorias del militante con la escrupulosa rigurosidad del analista. Dos de esos ensayos son recuperados en este volumen: "Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano" y "La hipótesis de Justo", el primero de 1978 y el segundo fechado en 1980. Por fin, de regreso en Buenos Aires, Aricó publicó el tercer testimonio de esa labor incesante: *La cola del diablo: itinerario de Gramsci en América Latina*, que viera la luz en 1988.

Todos esos textos (así como una contribución a la *Storia del marxismo*, bajo la dirección, entre otros, de Eric Hobsbawm publicada por la casa Einaudi de Turín en 1981) aparecen inspirados por la misma obsesión: el ajuste de cuentas con la herencia intelectual y política del socialismo en nuestro continente, una travesía a veces patética, a veces trágica, de un mundo de ideas y de conductas que jamás adquirieron la rotundez del mito colectivo.

El trabajo sobre José Carlos Mariátegui revela algunas circunstancias singulares, impensables sin esa dimensión latinoamericana que el exilio en México diera a Aricó en primer lugar y a todos quienes con él lo compartimos entonces. En esos años Aricó viajó a Perú en tres oportunidades invitado para dar cursos sobre sus temas de siempre, en la Universidad de Lima y en otras instituciones. Por esos años el Perú era escenario de un gran debate político-intelectual, favorecido por el inesperado ascenso electoral de heterogéneas fuerzas de izquierda. Las conferencias que Aricó dictó sobre Mariátegui en el marco de esas visitas dejaron una huella profunda, que todavía se recuerda en Lima: la originalidad del pensamiento mariateguiano era redescubierta para los peruanos, y a la vez, liberada de la pesada carga de debates sectarios que la habían abrumado desde el mismo momento de su muerte. Mariátegui era, para ese Aricó que buscaba trazar la biografía del socialismo en el continente, un caso emblemático en tanto exponente de la articulación entre el pensamiento europeo de avanzada y las realidades y tradiciones de su sociedad, no como "aplicación" de un canon preconstituido sino como recíproca alimentación entre teorías y circunstancias, capaces éstas de redefinir a las primeras. Ese marxismo de Mariátegui era resultado de un proceso de creación y no de repetición, y en ese dato fundaba Aricó la originalidad de su pensamiento en relación con otras producciones contemporáneas. "Su peculiaridad nos dice Aricó, lo que hace de Mariátegui una figura completamente extraña al estilo característico del teórico y del político de la III Internacional, consistía en que por su formación cultural tendía a mantener constante una concepción del marxismo que enfatizaba su capacidad de recrearse en el proceso mismo de desarrollo de la lucha de clases, su capacidad de superar los esquemas dogmáticos acumulados en el camino."

La desprovincialización de Mariátegui, que Aricó propuso en el Perú de los setenta, le permitió recuperar con fuerza una influencia que, desde joven, marcó su derrotero intelectual y político: la de Antonio Gramsci, a quien le dedicó su último libro. Ambas figuras podían hermanarse en una misma preocupación: la de ser autores solitarios de un tipo de marxismo a contracorriente, que buscaba asentarse sobre realidades particulares y expresarse en políticas diferenciadas. En ese sentido el *revival* de ambos autores en América Latina se alimentó recíprocamente: el renacimiento del debate sobre Mariátegui hizo irrumpir en Perú la figura de Gramsci, a la vez que en el resto del continente la difusión de éste facilitó el descubrimiento de la originalidad del autor de los *7 Ensayos de interpretación de la realidad peruanana*.

En 1980 Aricó continuó con su saga sobre el socialismo latinoamericano y terminó "La hipótesis de Justo", que obtuvo una Mención Especial en el Premio Internacional de Historia "José Luis Romero", otorgada por un jurado que integraban Tulio Halperin Donghi, Richard Morse, Juan Antonio Oddone y Gregorio Weinberg. Desde entonces ese texto fue sometido a continuas reescrituras que sólo detuvo su muerte: en verdad, su impulso era más abarcativo, en el sentido de intentar un despliegue sistemático de la trayectoria histórica del socialismo en la Argentina. Así lo señaló alguna vez en una larga página que me permito transcribir íntegramente porque resume bien el programa de investigación que Aricó se trazara:

"Tomaré la tradición socialista porque mantuvo una larga permanencia desde fines del siglo pasado, fue una experiencia nacional, contribuyó a formar el primer partido político moderno, alimentó otras culturas políticas y dio lugar a excepcionales reagrupamientos parlamentarios durante tres décadas. Me interesa indagar cómo soportó la disgregación de la fuerza política en la que encontraba sustento y qué queda hoy de una experiencia que pareciera haber sido 'consumada' por la evolución política argentina. Como esta corriente ideal encontró un centro ideológico, teórico y político de condensación en las figuras de Juan B. Justo y de otros pensadores y políticos vinculados a su labor, me detendré sobre los elementos que caracterizan su hipótesis estratégica, a la que defino como el proyecto más coherente de nacionalización de las masas, de incorporación de los trabajadores a la vida nacional y de construcción de una democracia social avanzada, hasta el arribo del peronismo."

Salvo contadas excepciones, la obra de Justo no ha tenido entre nosotros una recepción rigurosa. Por un lado, el entusiasmo apologético de sus conmlitantes; por el otro, las críticas sargadas de ideología y de anacronismo histórico, forjadas por el nacionalismo popular y por las corrientes adversas de la izquierda. El objetivo de Aricó es otro: el de un análisis interno, desprejuiciado, de las hipótesis teóricas y políticas que fundaron la acción de Justo en la constitución del Partido Socialista en la Argentina. Y en ese intento surge la imagen matizada de un pensador a la altura teórica de los más importantes dirigentes del socialismo internacional de su tiempo que intentó establecer una relación de continuidad y cambio con el pensamiento liberal del siglo XIX, emblematizado en las figuras de Sarmiento y de Alberdi. Justo busca constituir al socialismo en parte de la historia democrática de las clases populares en la Argentina; sin ser marxista, toma de Marx el concepto de la lucha de clases, vinculándolo con las instituciones que los trabajadores podían constituir en su enfrentamiento con el capital: partido, sindicatos y cooperativas.

En el cuadro de la modernización económica que arranca a fines del siglo pasado, Justo busca la construcción de un camino propio para las clases subalternas que emergían

de ese proceso sufriendo los rigores de la explotación social y del fraude político. Identifica en el latifundio y en el parasitismo de un capitalismo ausentista a los sostenes de ese orden oligárquico y propone la organización de los trabajadores en el Partido Socialista, en los sindicatos, en las cooperativas y en un vasto asociacionismo, como alternativa para un profundo programa de reformas económicas, políticas y sociales, basadas en la articulación de transformaciones socialistas con democracia agraria, a la manera de los experimentos que contemporáneamente tenían lugar en sociedades asimilables a la Argentina, como las de Australia y Nueva Zelanda. Como alguna vez lo señalara Alejandro Korn, las ideas de Justo significaban las primeras novedades que habían germinado en el pensamiento argentino después de la organización nacional.

Pero Aricó ilumina también en su análisis las razones del fracaso del programa de Justo. Aprisionado por una visión iluminista sobre la constitución política de los sujetos sociales, confundido acerca de la relación de transparencia que establecía entre las posiciones en la economía y los comportamientos políticos, Justo no entendió la complicada dialéctica a partir de la cual los trabajadores podían transformarse en dirección de la sociedad ni tampoco la capacidad de absorción e integración que el Estado podía mostrar a partir de las reformas electorales de 1912. Así, primero el yrigoyenismo y años después ya muerto Justo el peronismo, horadaron la penetración del socialismo en las capas populares y lo condujeron de frustración en frustración.

Los estudios de Aricó que conforman este volumen diseñan, además de una preciosa contribución al estudio de las ideas y de las prácticas del socialismo en América Latina parte de una saga abierta de desventuras y de heroísmos, el itinerario de una vida que aunó el rigor del estudioso con la pasión del militante, en una síntesis plena que, quienes compartimos con él tantas horas, recordamos como un legado hermoso e invaluable.

JUAN CARLOS PORTANTIERO